



Columna Fuego

Organo
de la

83
Brigada
Mixta

VINARÓZ

19

JULIO 1937

AÑO I

Rev. 138/19

172



RANDIOSIDAD de horas tremantes y decisivas. Frentes macizos erizados de acero, circundan dos concepciones. Hombres y armas manteniendo encendida la hoguera. Un año de guerra.

¡Un año! En el momento de trazar estas líneas cabrillea en nuestro espíritu infinidad de recuerdos. Recuerdos con el sabor brumoso y atrayente de cosas lejanas. Aunque la distancia que nos separa de ellas no sea tan larga.

Reanudamos la marcha de nuestra publicación casi al año justo de haber sido creada. ¡Aquella hojita impresa en un destartalado autobús! Su misma imperfección era un reflejo del momento. Porque destartalado, improvisado, diríase que prendido con alfileres, era todo: armas, ejército... Todo. Menos el nervio de aquellas columnas: su entusiasmo.

Su fe en creer que había sonado la hora de hacer un mundo mejor, era el resultado de una labor tenaz, a través de años y torturas... Un año de lucha. Muchas cosas han pasado desde entonces. Lo que al principio nos parecía ruta en línea recta sobre un mar terso y seguro, se ha trocado en marcha accidentada. Escollos. Virajes.

Toda revolución es como viaje por mares desconocidos, en el que nadie sabe cuándo se verá tierra ni quién la verá. Hay sorpresas en la ruta. Fallan los cálculos. Pero el mérito de esas aventuras, está en que a pesar de todos los contratiempos —hambre, rebeliones— la nave sigue sin hacer marcha atrás. Y un día el grito de ¡TIERRA A LA VISTA! corriendo de popa a proa enciende de alegría a toda la tripulación.

¡Tierra a la vista! Vencido el enemigo. Ya está cumplida la primera etapa. Es llegado el momento de obrar con movimientos decididos y holgados, sobre una tierra nueva, sobre una nueva estructuración.

Pero muchas veces se lleva a bordo la envidia, los rencores, la traición misma. O quizá la tierra conquistada abre ambiciones bajas. Nuevas naves, ya sin el riesgo de las primeras, descargan sus ansias de cuervo y devoran aquel ideal que queda muerto en su primera etapa.

Puede ser. La historia nos dice que puede ser. Mas no nos debe desanimar.

Siga la marcha. A pesar de lo que ocurra a bordo. Que no quede reducida la travesía a un viaje vulgar.

Que un día queden sofocadas en cubierta todas las bajas pasiones —aunque sólo sea por un minuto— iluminados todos por el grito de ¡TIERRA A LA VISTA!

DOS PUÑOS EN ALTO

por ARSENIO OLCINA



ADRID. Tarde sosa. Nublado. Cafés y calles cargadas de hastío. Ando. Ando. Aburren las calles conocidas. Intento perderme. Tomo direcciones absurdas. Logro al fin la soledad de hallarme entre una multitud de desconocidos... De repente, unas voces y unas manos saludando:

—¡Tú aquí!

Quedamos frente a frente. Desde antes del movimiento que no nos habíamos visto.

—¿Qué es de ti?

Hablamos. Reímos... Salen a flote, siempre entre risas, facetas de nuestras vidas. En esta separación de meses intensos, todos tenemos algo que contar. Se vive. Se muere. Se lucha... De vez en cuando, nuestras palabras parecen adquirir sordina: «¿Fulano? Muerto.» O también: «El movimiento le cogió en zona facciosa. Nada se sabe de él...» Son punzadas a nuestros afectos, que nos hieren hondo. Pero él y yo disimulamos. Volvemos a las palabras envueltas en risas. Mi compañero es un muchacho robusto, franco, ingenuo.

—Soy teniente —me dice bajando la voz, y como ruborizándose.

De uno de sus bolsillos saca un pedacito de tela, rugado, con la estrella y los dos galones.

—No pienso llevarlos puestos —añade.

—¿Por qué?

Por toda contestación, se encoge de hombros. Rompe a reír. En seguida, sencillamente dice:

—Tumbé un tanque... Fuí herido...

No sé por qué, de repente, pienso en su vida pasada. En el concepto en que le teníamos los amigos. Un muchacho lleno de «manías» que en su casa mareaba a todos. Le entraba furor por las plantas, y llenaba las habitaciones de macetas; las trasplantaba; las regaba; le caía tierra y agua en el suelo, y se formaba barro. No se podía andar por la casa.

Otras le daba por la pesca. Redes y cañas por todos lados.

Era dueño de un gramófono. Este gramófono sólo tenía dos placas. Le entró furor por el baile. Apenas se levantaba, ponía las dos plaquitas. Los vecinos se estremecían.

Los domingos por la tarde llevaba el gramófono a las reuniones de amigos. Siempre había quien llevaba placas modernas. Pero él no se entendía con ellas y bailaba como un pato. Sólo sabía «marcar» sus dos viejas placas. Una de ellas era esa que dice:

«Cigarrera de mi vida
me dicen los parroquianos...»

Como él quería bailar y quedar bien, obligaba en todas las reuniones a que tocaran varias veces las dos plaquitas. Si no, no había gramófono.

Estaba afiliado a un partido obrero. Pero nunca se le oía hablar de la cuestión social. Igual podía interpretarse que es que nada sabía, o que no le interesaba.

Estalló la sublevación. El momento barajó con mano nerviosa nuestras vidas. Cada uno echó por un lado. Ahora, de repente, nos vemos de nuevo en sitio tan distante al de nuestra anterior vida común.

—Ya llevamos dentro de Madrid algunas semanas de descanso —me dice—. Pero por los preparativos que he visto hoy en el cuartel, creo que esta noche salimos para las trincheras. Tengo ganas. Esto es aburrido...

Es hora de separarnos. Un fuerte apretón de manos. Una sola palabra: «¡Suerte!»

Ya un poco distanciados, nos volvemos a saludar, con un gesto. El, enérgico, entusiasta, levanta el brazo con el puño cerrado. Y en seguida, echa a correr hacia la boca del «metro».

Desaparece de mi vista.

¿Para siempre?...

Esta tarde dispongo de unas horas en las que no tengo nada que hacer. Unas terribles horas vacías. Decido ir al teatro. Un teatro céntrico, lujoso. Un teatro que en otro tiempo era sede de la aristocracia. Lo mismo que la calle en que está enclavado. Ahora, en toda ella, aristócrata no queda uno... al parecer. Esto seguramente irrita a los cañones facciosos y continuamente escupen sobre la calle.

Por eso la calle y el teatro están casi vacíos. Los seres se resisten a recibir sobre sus cuerpos los salivazos de metralla.

No es muy atrayente el programa. Una obra lírica muy conocida. Lo más destacado quizá sea la intérprete principal. Una artista muy nombrada que tiene fama de hermosa. Siempre ha trabajado en el arte frívolo. Ha sido la vedet insustituible en toda revista.

Vacío el teatro. Cuatro filas de butacas todo lo más. En el excaso público llevan mayoría los milicianos. Dominan las pisadas fuertes, duras, de las botas sucias de barro de trinchera.

Es hermosa la vedet. Es la primera vez que la veo. Y de cerca: primera fila de butacas. Las luces de las baterías encienden de reflejos magníficos sus ojos grises. Se desea su boca. Debe de saber a sol.

Una romanza. Un duo final de acto. Aplausos. Se levanta el telón. Saludos. La vedet levanta el brazo, con el puño cerrado.

Y he ahí cuando en el espectador se produce la sacudida. ¿Es sincero este ademán?

Todo, en este teatro, sabe a algo extraño. Los palcos, vacíos, parecen gritar la ausencia de seres con rumor de seda y crujir de pecheras almidonadas. Se me antoja ver hostilidad en todo, incluso en unas figurillas doradas que hay en la boca del escenario. Esa vedet que ahora saluda con el puño en alto ¿añorará sus noches de homenaje, con tempestades de aplausos, flores y adulación? ¿Está con nosotros solamente porque la casualidad hizo que al estallar el movimiento se encontrara en nuestro zona?

Apenas ha empezado el segundo acto, ha sonado algo así como si una bambalina hubiese caído sobre el escenario. Inmediatamente, otro golpe.

—Ya va «eso» —oigo decir tras de mí.

Obuses facciosos caen de nuevo sobre la calle ancha, de edificios cada vez más gallardos cuanto más heridos.

Suena cerca, muy cerca, otra explosión. Un rumor. Por un momento, músicos, artistas y público parecen salir de su situación. Pero sólo es un momento. Un leve siseo y continúa la obra, como olvidando todos que afuera, a unos cuantos metros hay estallidos de muerte.

Otro duo. La vedet canta con brío, como enardecida. Parecen más encendidos sus ojos.

Ahora sí aplauden todos sinceros. Ella levanta el puño y sonríe. Mira a donde estamos nosotros. Luego, a los palcos, vacíos. ¿Añoranza por los ausentes? ¿Odio?... ¡Quién sabe!

Ella está ahí, todos los días, en ese teatro lujoso enclavado en esa calle ancha. Canta todos los días, entre explosiones que llenan de cascotes y sangre, las aceras. Canta.

Y al saludar, sonríe y levanta el puño.

Los desengaños han adobado en nosotros un sér hosco y desconfiado. Ahora mismo quisiera levantarse uno y gritar: «¡Mentira! ¡Todo eso es mentira! ¡Tú «no estás con nosotros»! Pero ¿no seríamos injustos?

¡Es tan difícil saber cuándo un sér vive su verdad! La verdad muchas veces miente. Se es injusto a veces al juzgar a las gentes por la verdad pasada; ahora puede tener una verdad presente que nos diga que la otra es mentira.

Mi amigo, el que he saludado en una calle de Madrid; el de las manías por las plantas y las redes de pescar; el del gramófono y las dos plaquitas; el que cuando todo crujía en huelgas y represiones, él parecía no darse cuenta de que existía un problema social. Vedlo ahora. Está desde los primeros momentos como voluntario, en el frente del Centro; un frente duro. Hablad con él. Y si ganáis su confianza, quizá os diga bajando la voz y como ruborizándose, que ha sido herido y ha tumbado un tanque. Y puede que de uno de sus bolsillos saque un pedacito de tela que no quiere pasear por las calles, porque... porque sencillamente, no quiere.

Dos puños en alto. El de mi amigo que sospechando que por la noche había de salir para las trincheras, se ha despedido de mí levantando el brazo, entusiasta. El de la vedet, cantando entre sacudidas de obús y público de suelas duras de barro de trinchera.

Es su magnífica verdad de ahora...

= = =

Y he ahí que, ya anochecido, al salir del teatro, hay en la calle barullo de voces anunciando la prensa de la noche. En primera plana, el relato a medias de unos sucesos graves. Grandes titulares recomendando cordura. Pasiones de retaguardia...

Y algo dentro de nosotros parece vengarse de nuestra desconfianza anterior con los seres que, ahora, inesperadamente, nos muestran una verdad magnífica. Surge una pregunta que duele: «¿Y nosotros? Veteranos de la Revolución ¿qué se está haciendo nuestra magnífica verdad de antes?»...

Mayo 1937.

EL VOLCÁN EN ERUPCIÓN

Cadena y mitras formaron montones inmensos de escombros por todas las calles de las ciudades liberadas.

El clericalismo se hundió. La libertad nació.

Muchos pulmones reventaron al grito de ¡HURRA LA LIBERTAD! El mundo burgués tembló, y los que padecían sus injusticias en las cárceles y presidios, respiraron el nuevo oxígeno que nació.

Parte de corteza con pupa que tiene la tierra se desprendió y evaporóse en el abismo.

La gran obra de redención humana pudo adelantar miles y miles de kilómetros.

El camino de la liberación, comenzado por un puñado, pequeño, de picos, se vió asistido por multitudes enormes, capaces de destruir un mundo de un solo picotazo.

Se conoció la verdadera savia de la vida y el mundo pudo admirar el gran genio de los hijos del pueblo. Los que destruyendo, construyen; los que matando, dan vida.

Las raíces de la planta del mal fueron cortadas.

Las plantas sin raíz no viven.

Salud para España comenzaba.

La mejor medicina la facilitó el pueblo empleando los bisturís; cortando las arterias al monstruo rebelado.

(Pasa pág. 6)

ARCHIVOS
ESTATALES

19 JULIO 36-37

Un año de guerra. Toda una caravana

de días fuertes, dinámicos, plenos de carne desgarrada y espíritu encendido. Nuestra Brigada sabe de ellos

ACE ya un año que empezó nuestra lucha. Un año en que todo el suelo ibérico pugnan encarnizadamente entre sí dos fuerzas, sin que la victoria háyase decantado por parte alguna.

¿Qué de cosas no han pasado en estos doce meses? ¿Qué de ilusiones, sinsabores, alegrías, desengaños, esperanzas o pesimismo, no hemos experimentado?

Como el mar en su constante movimiento de flujo y reflujo, de pleamar y bajamar, así han sido nuestra guerra y nuestra Revolución.

Momentos en que, por la grandiosidad de la lucha, por el heroísmo de los combatientes, por la elevada moral revolucionaria de todos, parecíamos titanes capaces de arrollarlo todo, a los que nadie se podía oponer. Y momentos en que, por el miserable egoísmo de la retaguardia, por las ambiciones políticas y de mando de unos y de otros, por la vida regalada, cual la de pacíficos burgueses, de aquellos que tenían la obligación de preocuparse y atender las necesidades de la guerra, nos semejamos a tristes e insignificantes pigmeos, llamados a desaparecer.

• •

19 de Julio de 1936... Culminación del estallido militar y violenta respuesta del proletariado, que lo abate en media España.

Manifestación cruenta de dos fuerzas, de dos potencias: Reacción y Revolución, que ponen en juego todo su poder para imponerse mutuamente. Desaparecen los términos medios, los partidos y las tendencias cuyo lema era la moderación y el «orden».

Clara demostración del valor, mérito y capacidad de cada cual. Es el fondo lo que se nos presenta ya que la forma, a veces muy bonita, se fué tras el vendaval.

Ahora, que tras la tormenta, vuelven otra vez a presentarse con muy vistosos trajes, de reciente corte, muchos «desaparecidos», es muy conveniente recordar la conducta adoptada el 19 de Julio por todos y cada uno de los que quieren orientar la vida de la parte de España no ocupada por la reacción, con lo cual se obtendrán deducciones bastante sabrosas. Nosotros, como movimiento y como tendencia, cumplimos con nuestro deber, en aquella ocasión como en todas.

• •

Como en Valencia la mayoría de elementos militares carecían de lealtad al pueblo y de valor para alzarse contra él no llegó a producirse la rebelión. Por eso, mientras en Madrid y en Barcelona, quedó la situación líquida al instante, pudiéndose organizar las Columnas que salieron hacia la Sierra y hacia Aragón a cortar el paso al fascio, en Valencia tuvimos varios días de desconcierto y de incertidumbre, lo que ocasionó que el primer grupo que salió para Teruel, fuese masacrado por la Guardia Civil que se sublevó en la Puebla de Valverde.

Este hecho hace reaccionar a los compañeros de Valencia que, tras asaltar los cuarteles y armarse con el material que allí se recogió, se aprestan a organizar una fuerza eficiente para ir sobre Teruel. De ahí que al primer llamamiento acudiesen por centenares a inscribirse en los Grupos de Defensa, cuyo Cuartel General establecióse en las Salesas.

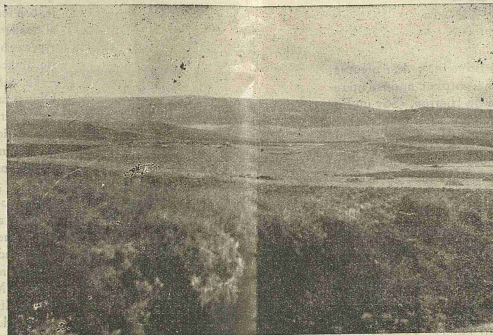
Armados con fusiles y escasas municiones, pero ansiosos de luchar por la Libertad, salimos para el frente. Nuestra preocupación no era la comida, la ropa ni el dinero, sino el llegar pronto a Teruel. Con este ánimo nos encontramos en el combate de Sarrión, y este espíritu hizo posible la victoria que allí se obtuvo.

La COLUMNA DE HIERRO, que surge de la victoria de Sarrión, es el nombre que, nacido espontáneamente, nos ha de agrupar a todos por un largo espacio de tiempo. Sin Jefes que descueller, pero con un puñado de compañeros, capaces, y esforzados, la COLUMNA va salvando los obstáculos que se le presentan, y así, al mismo tiempo que se avanzan kilómetros vaise completando su organización.

Son momentos de entusiasmo, de febrilidad revolucionaria. Es entonces cuando se demuestran los vaíores. Y en nuestra COLUMNA, los hay. Pero no se manifiestan ni en el caudillaje ni en la imposición, sino en la lucha y en el sacrificio. Algunos de ellos cayeron para siempre. ¡Saludémosles y seamos dignos de ellos!

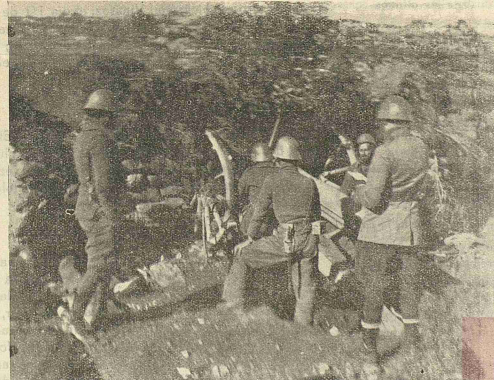
• •

La lucha se paralizó. Debido a múltiples causas se paró el avance, y las heladas montañas de Puerto Escandón, fueron nuestro duro lecho durante largos meses. Hoy, que no es hora de vanagloriarse de todo lo hecho, nos cabe la satisfacción de constatar que respondimos a todas las voces del mando militar, que la CO-



TRES VIEJAS FOTOS DE

NUESTRA COLUMNA



Puerto Escandón.

Nuestra artillería.

Reparto de «línea de Fuego» en los parapetos.

LUMNA DE HIERRO, dijo siempre ¡presente! a hora de avanzar.

• •

Otra cosa que conviene recordar también es la actuación de la Columna en la retaguardia, de la vergüenza que significó que los hombres tuviesen que ir a la Capital a resolver situaciones que, por pasividad o poco espíritu revolucionario nadie se atrevía a solucionar.

Y, aunque tampoco es este el momento de enjuiciar nuestra labor en este aspecto, también nos puede caer la satisfacción de haber cumplido con un deber de consecuencia revolucionaria, comparado por los trabajadores de la ciudad y del campo.

• •

Empezaron a cambiar los aires. Acuerdos de nuestras Organizaciones y órdenes del Gobierno, nos dijeron que había que militarizarse, que había que encuadrarse en Unidades del Ejército Regular.

Nuestro espíritu libertario pugnó mucho tiempo por aceptar esto, nuestra COLUMNA no se avenía a desaparecer. Hizo todo cuanto pudo para ello.

Pero, nada se pudo conseguir. Y nos encontramos en una disyuntiva: Atemperarnos o morir; aceptar lo que las circunstancias nos oponían o deshacer las fuerzas que teníamos organizadas. Y la COLUMNA DE HIERRO, en una ASAMBLEA, contestó lo que debía, cumplió con la responsabilidad, por su dilatada actuación había adquirido.

Dijo que no podía desertar de la lucha, que no se podía inhibir de ella. Por eso aceptó la militarización. Por eso se convirtió en la 83 BRIGADA MIXTA.

• •

Y, henos aquí. Funcionando toda la Brigada. Convertidos en parte integrante del Ejército. Transformados los delegados de Centuria, de Sección, en Tenientes y Capitanes. Los miembros del Comité y los delegados de División, en Comandantes y Comisarios. Siendo, en suma, militares. Cambio de clima, de ambiente. Otras características, otras obligaciones. Pero el mismo deseo que entonces, la misma ilusión. Ganar la Guerra y afianzar la Revolución.

Seguridad plena en el triunfo. Conciencia de lo que hacemos. Estas han de ser nuestras «consignas», compañeros. Con ellas, venceremos.

Comisariado de Guerra de la 83 Brigada

Vinaroz, Julio de 1937.



y lloró la madre...

Cuando la estridente pitada del tren anunció su próxima marcha, madre e hijo se confundieron en fuerte abrazo, como si quisieran llevarse el uno del otro, el último aliento del ser querido.

Para ella, su «muchacho» era todo su único anhelo; no entendía ni tanto así de la guerra, pero ella sabía que su hijo era bueno, y siendo bueno, no podía ir donde hubiese algo malo; sabía también que marchaba a pelearse contra los que querían sumirlo en la esclavitud, y eso le bastaba para dejar que marchase a cumplir «como los hombres», como los hombres que quieren ser libres, que ya para eso trabajó ella mucho en sus mocedades... ¡para que al chicuelo no le faltase el arado, ni la tierra con que ganarse el pan al llegar la edad de dejar los juegos! Y cuántas veces escardando los terruños, veía en su imaginación de madre amante, al mozuelo hecho ya hombre, y llevando diestramente la yunta potente por los surcos del trabajo.

Libre; feliz y sin la negra mirada del «amo» ¿Y era ahora, cuando ya había conseguido su ambición, que los «malos» querían hacer de su hijo del alma, carne de trabajo, humillado?...

No, eso no sería, que «pa velo» hecho un guiñapo, sin otra voluntad que la del «amo» bien muerto estaba si cabía esa suerte en la guerra. ¡Que más quería ella muerto y bien muerto que verlo humillado bajo la sarcástica mirada del cacique!

Ya empezaba a rodar el tren y todavía dábale los últimos consejos. «¡Escribe «na más» llegar, hijo!»

Y cuando ya en marcha llevaba al hijo quizá por la ruta de la muerte, al doblar la última curva, vio éste a su «vieja» que con el puño cerrado dábale el último ¡Salud!... Mientras de sus ojos desprendíanse unas lágrimas, que temerosas de abandonar a aquel ejemplo de mujer, escondíanse furtivas por entre las arrugas de su cara serena.

JUAN RAMOS

Julio 1937.

(EL VOLCAN EN ERUPCION)

(Viene de la pág. 3)

El volcán, aunque lento, continúa su obra de saneamiento y no se apagará hasta que haya conseguido con su lava tapar todos los hoyos de la tierra, nivelándola en una inmensa planicie.

Porque de ello se encargará el pueblo que vigilante, suministrará las materias que necesite para mantener su inflamación, y si éstas se agotan, ofrecerán con gusto su cuerpo, que es todo fuego, que es todo lava purificadora.

Y ¡hay de aquellos que con sus maniobras de «angelito bobo» quisieron apagar el volcán, por que si tal cosa intentasen correrían el peligro de que el cráter se los tragase!

Si el volcán es débil, no os preocupéis; pero acumulad materias para que en su día haga la explosión definitiva que nos dé nuestro mundo anhelado. Un mundo sencillo, un mundo, donde se encuentre la verdadera vida, un mundo donde las tinieblas no existan: El mundo que empezó el 18 de julio.

Hasta donde llega la lava queda todo sepultado para siempre.

Construyamos, pues, la gran catapulta que haga llegar nuestra ava hasta los dos polos.

¡19 de julio! Volcán que nos trajiste la verdad. Los que te aman te prometen mantener tu fuego y luchar por que se extienda por toda la tierra.

¡HURRA LA LIBERTAD!!

JAIME SERNA

Vinaroz 15 de julio de 1937.

De lo que pasa y se dice

Organizadas por la 83 Brigada, se han efectuado unas sesiones de cine proyectándose un reportaje de la «Columna de Hierro», «Soy un Fugitivo», «El último minuto» y Viva Villa!

Los comisarios de los respectivos batallones, destacaron en cada sesión la tesis de las películas.

Con motivo del primer aniversario de la Revolución, la 83 Brigada Mixta, ha celebrado dos mítines.

Uno tuvo lugar el día 18, en la plaza del pueblo de Benicarló. Hablaron: Camilo, teniente de la 3ª compañía del 3.º Batallón; Espí, Comisario del 3.º Batallón. Presidió Pellicer, Comisario del 4.º Batallón.

El otro se celebró en Vinaroz, el día 19 de Julio, en el Teatro Ateneo y explanada, tomando parte el capitán de la 4ª compañía, Lucio; Mares, comandante del 2.º Batallón. Presidió el comisario de la Brigada, Segarra.

Se ha establecido en la zona rebelde «El día del Pañuelo y la Toalla» para que en cada lugar de Andalucía se prescindiera por una sola vez de un par de pañuelos y una toalla destinándolos a las necesidades del ejército.

Según un periodista letón que ha vivido varios meses entre los facciosos, los falangistas poseen la orientación alemana. Cuando Hedilla fue detenido, se dirigieron al embajador de Hitler, von Faupé, para que les ayudara, pero éste nada pudo hacer por el jefe fascista encarcelado. No reconocen la Iglesia de Roma. Tampoco los carlistas, alrededor de los cuales se ha agrupado la aristocracia, están de acuerdo con Franco. Los fascistas reclaman la nacionalización de las propiedades agrarias mientras que los carlistas desean que todo siga igual. Los primeros predominan en el Sur; en el Norte son los requetés los que tienen mayoría. Pero la cuestión religiosa sigue siendo el factor decisivo de las luchas que ya están latentes.

El obispo de Pamplona recomienda a las mujeres que no usen trajes ligeros ni llamativos de acuerdo con la campaña que en igual sentido es tan llevando a cabo las «autoridades» y damas aristocráticas facciosas.

Apuntes tácticos de Infantería

DEL COMBATE

Durante el combate, ningún individuo podrá separarse de la unidad, fracción o escalón a que pertenezca y marchar hacia retaguardia, si no está encargado por su jefe de una misión bien clara y definida.

Los heridos no podrán ser acompañados más que por el personal especialmente designado para ello y estrictamente indispensable; pero con la precisa obligación de volver rápidamente a su puesto.

Si algún individuo es hecho prisionero por el enemigo, no facilitará otros datos que los conducentes a establecer su identidad, tales como el *nombre, apellidos, fecha y lugar del nacimiento y grado o categoría en el Ejército*, absteniéndose de dar otros detalles, tales como el regimiento o unidad a que pertenece, clase, número, situación de las unidades, etc., por los cuales pueda llegar a efectuar, comprometiéndolo su éxito y la vida de muchos de sus camaradas.

Si el prisionero es portador de alguna orden o consigna escrita, la hará desaparecer rápidamente, destruyéndola en forma que no pueda ser reconstruida, llegando incluso, si no encontrase otro procedimiento, a tragársela.

DE LA OFENSIVA

El combate ofensivo puede durar uno o varios días. En caso de durar más de un día, se aprovechará la noche para manio-
brar, relevar fuerzas desgastadas, rectificar distancias e intervalos, atrincherarse munición, racionar, asegurar el enlace, evacuar vajas y material y, en fin, para efectuar todas cuantas operaciones no sea posible o no convenga hacerlas de día.

La *sorpresa* se ha de buscar siempre en el combate ofensivo:

Por la *iniciativa en la maniobra*, sobre todo envolvente, pues la amenaza de envolvimiento es de un gran efecto desmoralizador y provoca fácilmente la huida.

Por la *elección del momento o del frente de ataque*.

Por el *secreto en la preparación*.

Por la *rapidez en la ejecución*.

Por la *aparición inopinadamente a un flanco o a retaguardia del enemigo*, pues el fuego, en estas condiciones es deprimente.

Por *infiltración* de una tropa por intersticios de la línea enemiga, a favor de la

noche, de la niebla, de la lluvia o aprovechando accidentes del terreno y llegando a cubierto de las vistas hasta una posición, desde la que se pueda abrir un violento fuego de flanco o de revés sobre el contrario.

Y por la *adopción de armas o procedimientos de combate*, desconocidos para el adversario.

DE LA ACCION

La Infantería, para cumplir su misión, actúa por el fuego, el movimiento y el choque.

El fuego desempeña, en el combate, un papel *preponderante y preeminente*. Su efecto es moral y material.

El fuego desempeña, en el combate, un papel *preponderante y preeminente*. Su efecto es moral y material.

En la ofensiva, dada la potencia destructora de las armas modernas para poder avanzar a pesar del enemigo, es necesario impedir al defensor utilizar su fuego, lo que se consigue por la *destrucción* de todas sus máquinas y hombres encargados de servirlos (lo que es prácticamente imposible), o por su *neutralización*, impidiéndole poner en acción su armamento, por el efecto desmoralizador de un fuego potente; o por una combinación de los dos.

Por el empleo combinado de todo su armamento y máquinas, la Infantería ejerce su acción normalmente desde los 2.000 metros, realizando, apoyada por las demás Armas, especialmente por la Artillería, un fuego superior al del enemigo en el punto y momento precisos. Pues la *superioridad del fuego* es el mejor medio de protección contra los efectos del fuego enemigo.

La *superioridad* depende, más que de la cantidad, de la *precisión y de la acertada coordinación de las distintas armas*, obteniéndose el máximo efecto por la combinación y concentración de los fuegos de frente, flanco, oblicuos y revés, pues, dirigidos contra el mismo objetivo, se prestan mutuo apoyo, suprimen ángulos muertos y desmoralizan al enemigo por ocultarle la verdadera dirección del ataque.



literatura

de
rabindranath tagore

Doverse es encontrarse a cada paso, compañero caminante; es cantar al compás de tus pies; el que es rozado de tu aliento, no se guarda caminando por la ribera, sino que tiende su vela intrépida al viento y cabalga sobre las olas turbulentas.

quien abre sus puertas de par en par y sale, recibe tu saludo; y no se para a contar su ganancia, ni a lamentar su ruina, sino que siente latir su corazón como tambor en marcha; porque andando va siempre contigo, compañero caminante.

Do, tú no sabes abrir los capullos y convertirlos en flores; los sacudes, los golpeas..., pero no está en ti el hacerlos florecer; tu mano los mancha; les rasga sus hojas; los deshace en el polvo..., pero no les saca color alguno, ni ningún aroma.

el que puede abrir los capullos, ¡lo hace tan sencillamente! los mira nada más, y la savia de la vida corre por las venas de las hojas; los toca con su aliento, y la flor abre sus alas y revolotea en el aire; y le salen, sonrojados, sus colores, como ansias del corazón; y su perfume traiciona su dulce secreto.

¡ay, el que sabe abrir los capullos, lo hace tan sencillamente!

En el relámpago de un instante, he visto en mi vida la inmensidad de tu creación; de tu creación entre mil ruinas, de mundo a mundo.

¡qué llanto de indignidad cuando miro mi vida en manos de las horas locas! pero cuando la veo en tus manos, comprendo que es demasiado preciosa para ser malgastada en la sombra.

de carlos baudelaire

el perro y el frasco

—Indo perro mío, buen perro, chuchito querido, acércate y ven a respirar un excelente perfume, comprado en la mejor perfumería de la ciudad.

Y el perro, meneando la cola, signo, según creo, que en esos mezquinos seres corresponde a la risa y a la sonrisa, se acerca y pone curioso la húmeda nariz en el frasco destapado; luego, echándose atrás con súbito temor, me ladra, como si me reconviniera.

—¡Ah miserable can! Si te hubiera ofrecido un montón de excrementos los hubieras husmeado con delicia, devorándolos tal vez. Así tú, indigno compañero de mi triste vida, te pareces al público, a quien nunca se ha de ofrecer perfumes delicados que le exasperen, sino basura cuidadosamente elegida.

el «yo pecador» del artista

¡Cuán penetrante es el final del día en otoño! ¡Ay! ¡Penetrante hasta el dolor! Pues hay en él ciertas sensaciones deliciosas, no por vagas menos intensa; y no hay punta más acerada que la de lo infinito.

¡Delicia grande la de ahogar la mirada en lo inmenso del cielo y del mar! ¡Soledad, silencio, castidad incomparable de lo cerúleo! Una vela chica, temblorosa en el horizonte; imitadora, en su pequeñez y aislamiento, de mi existencia irremediable, melodía monótona de la marejada, todo eso que piensa por mí, o yo por ello—ya que en la grandeza de la divagación el *yo* presto se pierde—; piensa, digo, pero musical y pintorescamente, sin argucias, sin silogismos, sin deducciones.

Tales pensamientos, no obstante, ya salgan de mí, ya surjan de las cosas, presto cobran demasiada intensidad. La energía en el placer crea malestar y sufrimiento positivo. Mis nervios, harto tirantes, no dan más que vibraciones chillonas, dolorosas.

Y ahora la profundidad del cielo me consterna; me exaspera su limpidez. La insensibilidad del mar, lo inmutable del espectáculo me subleva... ¡Ay! ¿Es fuerza eternamente sufrir, o huir de lo bello eternamente? ¡Naturaleza encantadora, despiadada, rival siempre victoriosa, déjame! ¡No tientes más a mis deseos y a mi orgullo! El estudio de la belleza es un duelo en que el artista da gritos de terror antes de caer vencido.